

El rey Arturo

Merlín llegó a Londres y habló con el arzobispo, y de mutuo acuerdo convocaron una gran reunión de caballeros para el día de Navidad. Tantos fueron los congregados que no había sitio para todos en la iglesia de la abadía, de forma que muchos tuvieron que seguir los oficios desde el patio de la iglesia.

En mitad del servicio se elevó de repente un murmullo de admiración fuera de la abadía, pues en el patio se pudo ver -aunque nadie advirtiera su llegada- una gran losa cuadrada de mármol, y sobre ella, un yunque de hierro, y clavada en el yunque, con la punta profundamente hundida en él, una gran espada de resplandeciente acero. En torno al yunque, en el mármol, vieron letras grabadas en oro puro que decían: "El que sacare esta espada de la piedra y del yunque es el rey legítimo de toda Bretaña". Al leer este mensaje, muchos trataron de extraer la espada, pero ni uno consiguió aflojarla ni siquiera el grosor de un cabello. También lo intentó sir Héctor, sin obtener mejores resultados:

-Sácala - le ordenó Arturo.

Y Arturo cogió la espada por el pomo y la extrajo del yunque como si la sacara de una vaina bien engrasada.

-Bien entiendo ahora -dijo sir Héctor, hincándose de rodillas ante Arturo e inclinando la cabeza en señal de acatamiento- que ningún otro sino vos es el rey legítimo de esta tierra. Además, aunque os amo tiernamente, no sois hijo mío, pues Merlín os trajo a mí cuando erais más que un niño de pecho, y me encomendó que me ocupara de vos como si fuerais de mi propia sangre.

